

## VII

Educación religiosa. — Sencilla honradez del niño. — Credulidad. — La contemplación de la naturaleza. — La existencia de Dios. — El antropomorfismo. — Las fuentes del Marne, del Mosa y las tres grandes vertientes de Francia. — De qué depende la carrera de un niño.

Normalmente, el niño es honrado, no cree que se le pueda engañar, enseñarle cosas inciertas o falsas, y cree, por el contrario, lo que se le dice, con ingenuidad y candor. Por lo que a mí se refiere particularmente, no habiendo tenido jamás a mi alrededor sino ejemplos de franqueza y de honradez, ninguna duda podía nacer en mi espíritu. La primera comunión es esperada como un acontecimiento, preparada por ejercicios religiosos, sermones, catecismos y confesiones. Desde la edad de siete u ocho años conocía yo perfectamente los cuatro evangelios y sabía de memoria el relato de la Pasión. Jesucristo era hijo de Dios y Dios mismo. Había instituido su Iglesia para la remisión de los pecados, y fuera de esta Iglesia no había salvación posible. A la hora de la muerte, un juicio particular llevaba nuestra alma al cielo si ésta estaba absolutamente pura, al purga-

torio si tenía pecados veniales, y al infierno si estaba manchada de pecados mortales. Al fin del mundo, un juicio general, suprimiendo el purgatorio, fijaba por toda una eternidad a todos los humanos resucitados en el paraíso ó en el infierno.

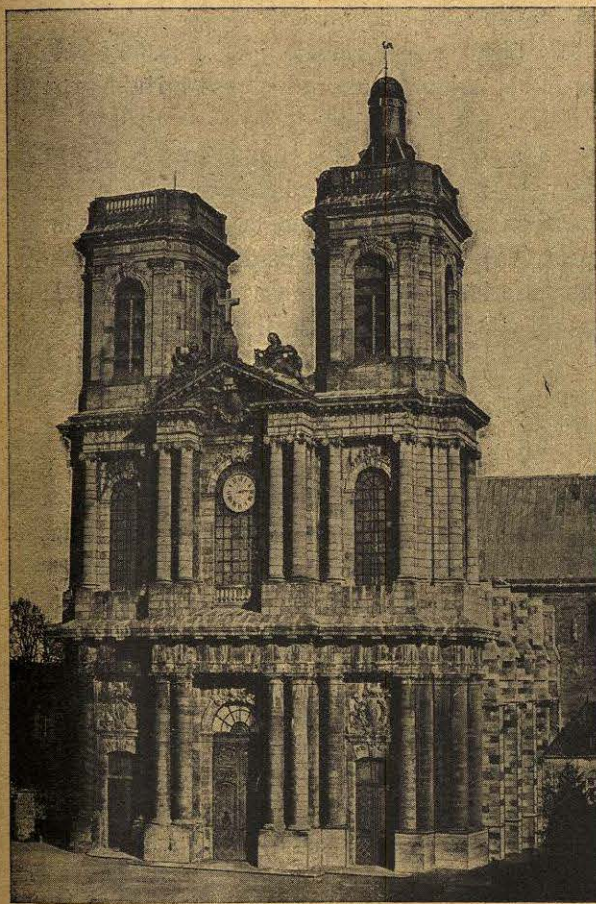
En ciertos sermones, los tormentos del infierno eran descritos con una tal violencia y los cuadros de los condenados nos daban tales calofríos de espanto, que un día vi á uno de mis condiscípulos perder el conocimiento junto a mí y fué necesario sacarlo en brazos del local. Llorábamos todos a lágrima viva, sobre todo cuando se nos mostraba a nuestros padres, nuestros hermanos y hermanas torturados por los demonios en las llamas del infierno, cuando morían sin confesión. Se nos decía también que una gota de sangre que cayera sobre el corazón bastaba para hacernos morir repentinamente durante el sueño. No convenía dormirse jamás con una mala acción sobre la conciencia y sin haber hecho sus oraciones. Las buenas obras podían procurar indulgencias que disminuían el número de años que había que pasar en el purgatorio, antes de pasar al cielo. El cielo era una estancia de dicha absoluta en la contemplación divina. Allí estaba, con la Trinidad y los nueve coros de ángeles, la santísima Virgen, los santos y las santas, los patriarcas, los mártires, los papas, los obispos, los religiosos y los elegidos; pero muchos los llamados y pocos los elegidos. Cada uno de nosotros estaba protegido por un ángel guardián.

¡Con qué convicción y con qué unción vimos llegar el bendito día en que íbamos a recibir al mismo Dios en nuestro seno! Las palabras de la Cena iban a



ser un hecho : « tomad y comed, *este es mi cuerpo*. HOC EST ENIM CORPUS MEUM. » ¡ Por un milagro encantador, la carne y la sangre del Salvador iban a llegar a ser nuestra carne y nuestra sangre ! Qué puros tabernáculos no debían ser nuestros pequeños individuos de doce años para merecer una tal gracia ! Después de la última confesión de la vispera, el paso a través de nuestros cerebros de un pensamiento impuro antes de la comunión del día siguiente bastaría para hacernos indignos de la presencia de Dios. ¡ Ah ! me acuerdo de ello como si fuera ayer : era el día de la Ascensión, el 25 de mayo de 1854. Las campanas de la catedral y de la iglesia de San Martín repicaban a todo vuelo, fuimos reunidos en procesión, primero los niños en traje de coro y después las niñas con ropas blancas y dimos vuelta a la catedral lanzando al aire cánticos para dar gracias á Dios por sus favores ; después empezó la ceremonia : misa solemne con los grandes órganos que llenaban las bóvedas con sus sonoras modulaciones, perfume del incienso que se elevaba hacia el cielo y luz del sol radiante que penetraba por los cristales de colores de las ventanas. Nuestras infantiles almas se humillaban anonadadas ante el Creador, pero sentían una especie de agitación de alas que tendían a transportarlas al espacio, y, cuando la santa hostia fué depositada sobre nuestra lengua, sentimos una comunión real con el Ser divino, con el Dios de nuestros padres, el Dios de nuestra historia, el Dios de Abraham y de Moisés, el Dios de San Pablo y de San Agustín, el Dios de Clodoveo, de Blanca de Castilla y de San Luis, el Dios celebrado por Bossuet y por Fenelon, el Dios adorado por Pascal, cantado por

Palestrina, reverenciado por Buffon e invocado por Racine y Lamartine. ¿ Hay en la vida entera una sen-



LA CATEDRAL DE LANGRES

Cl. A. Tallon-Petit, Langres.

sación más pura, más elevada, a la vez que más humilde y más vigorosa, una sensación más penetrante



y más absoluta de la unión de nuestra alma con la Verdad?

¡La Verdad! Nosotros creíamos poseerla, y yo lo creía como los demás...

He dicho anteriormente que el espectáculo del cielo había impresionado siempre mi alma contemplativa.

En las vacaciones, iba algunas veces a pie desde Langres a Montigny, algunas veces en diligencia y otras en el carricoche o en la carreta de honrados paisanos que volvían al país después de un mercado o una feria. En este último caso, se salía de la ciudad bastante tarde y no se llegaba a Montigny sino después de media noche. Un día — o más bien una noche — me encontraba en compañía de cinco o seis personas que volvían al pueblo, sobre una carretera aislada, con un cielo estrellado espléndido y avanzando lentamente hacia el nordeste al paso cadenciado de un caballo fatigado. Nos rodeaba un profundo silencio y todos los viajeros hubieran podido dormir. La temperatura era fresca, sin ser fría, y el aire estaba embalsamado con los perfumes del campo. Se hablaba un poco con una especie de recogimiento. « ¡Ah!, dijo de pronto la voz de una mujer; cómo avanza el año: ¡vean ustedes la Pollera!»

Estábamos a fines de agosto, a la salida para las grandes vacaciones.

Yo miraba hacia las estrellas, y me parecía que jamás las había visto tan bien. Se me mostró la Pollera, es decir el grupo de la gallina con sus pollos. Reconocí fácilmente una estrella bastante brillante que puede, en efecto, pasar por una gallina, y, agrupadas a su alrededor, cinco estrellas un poco más

pequeñas, que pueden pasar por sus pollos. Más tarde he sabido que este grupo se llama las Pléyadas, y que estas seis estrellas son Alción, Electra, Atlas, Maya, Mérope y Taigeto. Más tarde aun las he medido, estudiado y fotografiado, y he conocido que en dicho sitio hay todo un universo flotante en la inmensidad de los cielos. Pero aquella primera visión de la Pollera tenía alguna cosa de más humano que las observaciones astronómicas. En aquel centelleo tranquilo y silencioso por encima de la atmósfera que respirábamos, se sentía como una especie de vida desconocida y misteriosa y, aquellos honrados campesinos, sucesores de los primitivos pastores de la Caldea, se preguntaban lo que eran aquellas lejanas luces del cielo y lo que significaban. Eran almas sencillas, pero almas que pensaban.

« ¡Ah! el Rastrillo », dijo otra voz. En efecto, los Tres Reyes Magos y el Tahalí de Orión acababan de levantarse a su vez. Por la inclinación de la línea, se encontraba en aquellas estrellas una modesta imagen del modesto instrumento de labranza de que se hace uso para reunir los henos. También un reflejo de la vida de los campos.

El Carro de David brillaba también, inmensa constelación de las siete estrellas de la Osa Mayor, en oposición a Orión, y, allá arriba la Silla, y, a través del cielo entero, el río de la Vía láctea. Se miraba, se contemplaba, se nombraban algunas estrellas por sus nombres populares, se adivinaba, se soñaba. La Vía láctea se llamaba el camino de las almas. Ya nadie se atrevía a hablar; se pensaba en el último duelo y se asociaba el cielo a nuestros destinos. Yo mismo me sentía mudo, preguntándome dónde podía estar



Jesucristo, que nos esperaba allá arriba, para juzgar, en el fin del mundo, a los vivos y a los muertos.

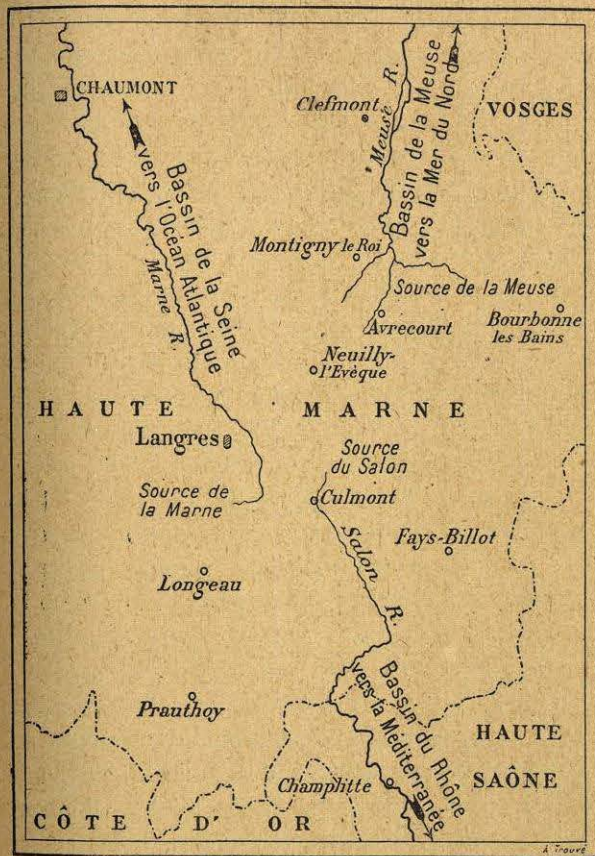
El niño es crédulo, porque es honrado, y porque cree que todos los hombres lo son también.

No tenía ninguna duda sobre la verdad de las enseñanzas recibidas. Sin embargo, algunas veces me preguntaba si no éramos víctimas de ciertas ilusiones, y si la vida misma era lo que parecía ser; pensaba que una notable parte de nuestra existencia estaba cogida por el sueño, y que nuestros sueños aunque puramente imaginarios, nos parecen sin embargo ser absolutamente reales, y me preguntaba también si yo existía seguramente tal como yo me veía y me sentía, y si no podría haber en esto una especie de pesadilla, estando mi personalidad real en otra parte, por ejemplo en una estrella. Pero la vista de mis discípulos y de mis profesores, las clases, los estudios, la existencia de las cosas, los muros, las casas, los árboles, los paseos y las comidas, me hacían volver bastante pronto a la realidad normal.

Uno de mis camaradas de clase, Carlos Burdy, tenía la mitad de unos gemelos, y, en nuestros recreos del miércoles, sobre la montaña, se la pedí prestada más de una vez para observar las manchas de la luna, pidiendo después al profesor la explicación de lo que ellas podían ser. Él me respondía: «Son las sombras de las montañas». Su extensión me impedía admitir esta explicación que, por otra parte, durante la luna llena, sentía que era ciertamente falsa.

Entre los paseos por los alrededores de Langres de que hablaba antes, hubiera debido señalar nuestras visitas a las fuentes del Marne, en la Marnotte, a seis kilómetros al sur de la ciudad, donde se hallaba la

gruta en la que Sabino, competidor de Vespasiano al imperio romano, se sustrajo, durante muchos años,



Origenes de las cuencas del Mosa (Mar del Norte), del Sena (Océano Atlántico) y del Ródano (Mediterráneo), en la misma cabeza de partido del Alto Marne.

con su fiel compañera Eponina, a la cólera del emperador. Me había interesado en examinar esta fuente,



como lo había hecho junto a Montigny con la del Mosa, y había trazado los cursos de ambos ríos sobre un gran mapa del departamento, no haciendo por otra parte más que reforzar el trazado primitivo, con el fin de distinguir bien estos dos cursos tan diferentes de dos fuentes poco lejanas la una de la otra y que sin embargo dirigen sus aguas, el Mosa hacia Holanda y el Mar del Norte, y el Marne hacia París y el Atlántico. Las leyes de la orografía y de las cuencas fluviales se revelan en estos trazados que había completado por el atractivo de la cuenca del Ródano y por la fuente del Saõlon, a diez kilómetros de Langres, río que se dirige hacia el Saona. Aquí se encontrará ese trazado bastante curioso que me distraje en hacer a la edad de catorce años, en la primavera de 1856. La fuente del Mosa se encuentra a 409 metros de altura, la del Marne a 381 y la del Saõlon a 360. Estas dos últimas están muy próximas la una de la otra; la primera está más lejos, pero pequeños afluentes, entre otros el Boscheré, pasan cerca de Montigny. Cuando cae sobre esta región una lluvia un poco grande, una parte del agua caída se dirige hacia el Atlántico, otra hacia el Mar del Norte y la tercera hacia el Mediterráneo. El departamento del Alto Marne es particularmente notable a este punto de vista, puesto que de sus alturas, de una misma comarca y casi de un mismo punto de la meseta de Langres, las aguas vertidas por la lluvia corren hacia los tres mares que rodean a la Francia. En estas condiciones se aprenden naturalmente los principios esenciales de la orografía, de la geodesia y de la climatología.

¿De qué dependen nuestros destinos? De una mul-

titud de causas diversas, de las que varias pueden ser o parecer completamente minúsculas.

En la educación de un pequeño seminario y en su atmósfera ambiente, un niño llega a la edad adulta sin imaginarse que el mundo real difiere sensiblemente de aquel en cuyo medio ha crecido. Hacia los dieciocho o diecinueve años, ha terminado sus estudios clásicos, y su vocación puede parecer decidirse en favor del estado eclesiástico. Él mismo no duda estar en lo cierto. El gran seminario lo recibe y lo conduce al sacerdocio. Hacia la edad de veinticuatro o veinticinco años, ha recibido las órdenes, que son, por decirlo así, llegadas sólo para coronar sus estudios, como un bachillerato espiritual. Se le nombra vicario o cura en un pueblo, o profesor en una institución, y, desde aquel momento entra en el mundo. Si, en esta primera independencia, entregado a sí mismo, tiene que hacer nuevos estudios, le sucede comprobar la solidez de las bases de su fe, discutir estas bases a la luz de la razón, reconocer que están insuficientemente fundadas, y sentir flaquear sus creencias, lo cual le coloca en un verdadero callejón sin salida. Su posición material se asocia a su estado de alma. ¿Puede presentar su dimisión de sacerdote el día en que cese de creer en la divinidad de Jesús? Sería entonces un exclaustro. ¿Puede continuar diciendo misa y ejercer su ministerio? Sí, quizás, considerando en adelante la religión como obra de utilidad social. Pero entonces ¿qué compromiso perpetuo con sus enseñanzas y sus afirmaciones de todos los días! Lo mejor, evidentemente, hubiera sido no entrar en el gran seminario y no recibir las órdenes, a menos de considerar el estado eclesiástico como un



oficio análogo a los demás, lo cual no es muy cristiano.

Me figuro este estado de alma, sin haberlo sentido. Hablando algunas veces con Renan, que decía haber sentido en su conciencia todas estas angustias, he dado gracias al destino de no haber ido más lejos en mis estudios de Langres, bajo el punto de vista de educación religiosa, que lo que hubiera ido en un colegio cualquiera, aun sin haber pasado del cuarto año.

Mientras que el niño no razona, estas enseñanzas no son quizás un gran inconveniente. Sin embargo, es siempre enojoso afirmar como demostrado lo que no lo está. Cuando el joven llega a la edad de razonar y siente derrumbarse el edificio de sus creencias, sucede frecuentemente que todo se hunde a la vez. Hasta la existencia de Dios y la del alma humana llegan a ser discutibles, aunque el deísmo y el espiritualismo sean anteriores a la fundación del cristianismo, que sean aquellas doctrinas independientes de todas las formas religiosas, y que no sean solidarias de la leyenda del paraíso terrenal, de la falta de Adán y de la redención.

La existencia del espíritu en la naturaleza, en las leyes del cosmos, en el hombre, en los animales y en las plantas, es manifiesta. Ella debería bastar por sí sola para establecer la religión natural. Y esta religión sería incomparablemente más sólida que todas las formas dogmáticas. Los principios de justicia se imponen con la misma autoridad, y Confucio, como Platón y Marco Aurelio, los tenían en la base de su religión.

Las clases del seminario de Langres, como las del

colegio y como las del liceo de Chaumont, representaban lo que se llamaba entonces « las humanidades », con la sola diferencia de que ellas pasaban por ser más fuertes en latín que en estos dos últimos establecimientos. Esta palabra de *humanidades* me parece muy propia, porque ofrecían un resumen del conjunto de los conocimientos humanos bajo el punto de vista de la literatura histórica, y respondían bastante al precepto de Terencio : *homo sum, et nil a me alienum puto*. La lengua latina, la lengua griega, la historia de los griegos y de los romanos nuestros abuelos, la historia de Francia, la gramática y la poesía se enseñaban en sus grandes líneas. Esta enseñanza literaria clásica fué reemplazada después por nociones más prácticas : pero no es posible conocer la lengua francesa, como ninguna otra lengua de las llamadas latinas, si se ignoran las raíces griegas y latinas. Pero sin contradicción, se consagraba a estas enseñanzas demasiado tiempo. El latín y las raíces griegas pueden aprenderse ciertamente en dos años, en lugar de seis ; pero suprimir enteramente estas lenguas, me parece un error. Los temas son inútiles seguramente ; sin embargo es útil saber leer los autores antiguos en su lengua y hasta el siglo xvii escribieron casi todos en latín, y es más útil aun conocer los orígenes de las palabras de la lengua que escribimos y hablamos (1).

(1) Dentro de poco, por ejemplo, no se sabrá ya hablar ni escribir el francés, en la ignorancia en que se está de las etimologías, y por la literatura de los periódicos diarios. Que el Volapuk o el Esperanto lleguen a ocupar un puesto importante, y ya se acabó la lengua de Voltaire, de Buffon, de Laplace y de Victor Hugo. En estos días leía yo en los periódicos que un tren había « télescopé » (*tescopiado*) a otro, que



Fuera de las clases teníamos una hora de recreo por día, por la tarde, y, cada miércoles por la tarde sobre las montañas de Buzon. Parece que yo estaba bastante fuerte en los diversos ejercicios. Uno de mis antiguos condiscípulos, el cura Bartet, distinguido predicador en Marsella, me escribía últimamente: «¿Te acuerdas que éramos los primeros en el tiro de barra, y que en nuestras rivalidades no nos otorgábamos pocos puñetazos? Esto es quizás lo que más ha consolidado nuestra amistad. En el invierno, con diecisiete grados de frío, la construcción de fortalezas de nieve y nuestras divisiones en dos campos para la defensa y el ataque tan encarnizado, a pelotazos de nieve que arrojábamos sin cesar, cubiertos de sudor y con un ardor que terminaba por ponernos en mangas de camisa! ¡En aquellas batallas no hubieras soltado tu bandera por un imperio! ¿Y en nuestras resbaladas? Un día tus talones tropezaron con un saliente de nieve y caíste hacia atrás, sobre la nuca, con un desvanecimiento prolongado que nos puso a todos en cuidado. En el juego de la taba no tenías rival. Pero todo esto no impedía que fueras más estudioso que nosotros, más curioso, más buscador, y que pidieras prestado el antejo de Burdy para tratar de adivinar la naturaleza de las manchas

un apache había «*revolverisé*» (*revolverizado*) a un agente de policía, que un aviador había «*battu le record*» (*batido el record*) de su rival, que una fábrica había «*explosé*» (*explorado*), que una señora muy *smart* esperaba a sus amigos a su *five o'clock*, después del *lawn-tennis* y el *foot-ball*, que la C. G. T. había tenido un *meeting* monstruo, que los *dreadnoughts* nos arruinan, que los *matches* del american ring son el *great event* deportivo, y que los *sportsmen* están encantados de ese *rugby* —y yo me pregunto si la lengua francesa no está en camino de morir.

de la luna. Frecuentemente nos extrañábamos de verte tan soñador, como si estuvieras pensando en los otros mundos. »

Mis estudios han sido de una fuerza media. Aun estando colocado en la primera mitad de los alumnos de mi clase en los diferentes cursos, no obtenía frecuentemente el primer puesto, y, en la distribución de premios, se me adjudicaban más segundos que primeros, y más accesits que premios, excepto en disertación, donde generalmente obtenía el primer premio, así como en gramática. Estos concursos no me causaban ningún sentimiento de estímulo. El éxito de los demás no excitaban jamás en mí los celos, la envidia, ni la ambición. Este es un defecto para el acceso a los buenos puestos en la vida. Aprendía por el solo placer de instruirme y sin el fin de una recompensa. En la versión latina, era bastante fuerte; débil, por el contrario, para el tema, que no me parecía lógico. Aprender a leer los autores antiguos, tanto latinos como griegos, me parecía un deber natural, mientras que me parecía no imponerse la necesidad de saber escribir o hablar el latín.

Por otra parte, las ciencias sólo se enseñaban bajo una forma bastante rudimentaria. Por lo que respecta a la astronomía, la física y la historia natural, no la aprendíamos sino por los libros de la biblioteca, antiguos y poco documentados. Estos eran especialmente, las *Leçons de la Nature*, presentadas al espíritu y al corazón, por Louis Cousin-Despréaux », el *Spectacle de la Nature*, de Pluche y las obras del abate Drioux. Estas lecturas, por otra parte raramente concedidas, porque no había mucho tiempo



fuera de los estudios y las clases, podían sembrar en el espíritu más de un error.

Me acuerdo que uno de los libros de lectura más conocido era un compendio de las *Vies des Pères du Désert*, de Arnauld d'Andilly; San Pablo, primer ermitaño, comenzaba la serie. Su biografía, redactada por San Jerónimo, mostraba a este solitario de la Tebaida encontrando en su camino un hipocentauro, después un hombre que tenía las patas de asno, y un poco más lejos un fauno cornudo, con las patas de cabra, así como demonios que reían a carcajadas, que silbaban y que gemían. Estos relatos, escritos por personajes respetables, no eran presentados como cuentos de hadas; por el contrario, podían hacer divagar a los jóvenes lectores en la más singular antropología. La existencia de los demonios nos era, por otra parte, enseñada como una realidad fuera de toda duda (1).

Había — y quizás la hay hoy todavía — en la catedral Saint-Mammès una capilla consagrada a Saint-Amâtre, obispo de Auxerre en el siglo iv, con un cuadro representando un milagro: unos leñadores están abatiendo un árbol junto a la puerta de los Moulins (¡construida en 1647!), y el santo, con la mano levantada, echando la bendición, impide que el árbol caiga. Se nos afirmaba que *la cosa* había sucedido.

No he tenido frecuentemente la ocasión de volver a visitar estos lugares de mi infancia y de mis impresiones cristianas, a no ser por alguna circunstancia

(1) Es bien curioso observar que los cristianos de nuestros días creen aún en los demonios, como los griegos del tiempo de Platón y los romanos del tiempo de Apuleo.

fortuita, entre otras especialmente, un hermoso día de febrero del año 1899, la catedral, con motivo del enlace de mi sabio y laborioso primo, Julio Flammation, con la encantadora hija del general Ricq, gobernador de Langres. Los órganos, tocados por Nicolás Couturier, llenaban las naves con sus armonías y yo estaba ante el altar mayor, donde tantas veces había yo ayudado la misa tan devotamente. ¡Cuánto cambiamos! Ya no eran, ni mucho menos, las mismas impresiones. Las ceremonias de la iglesia no tenían ya para mí su carácter sagrado y no me parecían menos convencionales que las del matrimonio civil. Nuestras almas parecen modificarse como nuestros cuerpos, aunque no estén compuestas de moléculas químicas transitorias. Además, ¿de qué servirían el estudio y la experiencia, si nuestras ideas no progresaran?

Decía hace poco que nuestros destinos dependen con frecuencia de causas bien diversas. Si mis padres no hubieran visto destruirse su pequeña fortuna, yo no hubiera estado a cargo de nadie y hubiera continuado mis estudios tranquilamente, mientras que mi familia continuaba en Montigny. Según toda probabilidad, yo hubiera llegado a ser sacerdote y hubiera tenido los cargos de conciencia sentidos por los que en igual caso se consagraron a la astronomía, tales como el P. Secchi, director del Observatorio de Roma en tiempos de Pío IX, con el que tuve más de una conversación, especialmente en Roma, en 1872, durante una enfermedad en la que venía a visitarme dos veces por día. El hundimiento de su fortuna lanzó a mis padres en la sola aventura que parecía deberlos salvar, así como a sus hijos, en la busca de los re-

BIBLIOTECA ASTRONÓMICA  
FUNDADA EN 1875  
N.º 1.º



cursos que París puede ofrecer a los ánimos resueltos. Una vez en París, me reclamaron allá. Lo demás vino por sí solo.

Estando mis padres en la imposibilidad de tomar parte alguna en los gastos de mi hospedaje, el excelente cura de Montigny se había encargado de ello. Mi abuelo me enviaba de Illoud vino y ciertas provisiones. Encuentro en una carta escrita por mí a mis padres, el 31 de diciembre de 1855, para felicitarles por la entrada de año, que se me había cambiado de pensión para colocarme en otra menos cara. En efecto, el precio era modesto, porque no ascendía más que a seis francos por mes; pero se trataba solamente de la habitación. Estos seis francos eran pagados por el cura de Montigny, y más de una vez sentí después causarle el disgusto de no continuar la carrera que él había soñado para mí. Una prima de Montigny me traía manteca de vacas, queso y confituras, y creo que ella era la que pagaba también al panadero, sobre las deudas que quedaban por arreglar con mis padres por parte de varios habitantes del país.

El 26 de agosto de 1856 tuvo lugar la distribución de los premios. Todos los alumnos eran presentados a sus familias por padres que los colmaban de atenciones y caricias. Por lo que a mi toca, yo estaba solo y abandonado! Partí a pie, con un camarada de Récourt, en dirección a Montigny, nos separamos en una encrucijada, torciendo él a la derecha, hacia el valle, y yo continué mi camino. Llegué en casa del buen cura Mirbel, donde la anciana criada, Magdalena, me dió una excelente cena y una buena cama. Al día siguiente iba a abrazar a mis padres. El 30,

tomé la diligencia para Illoud, donde me esperaban mi abuelo y mi abuela, y mi primera satisfacción fué abrazar a una nueva hermanita nacida desde hacia algunos meses. Pero a aquella edad los niños no son más que objetos: apenas si se adivina la vida y el pensamiento. ¡Con qué alegría volví a encontrar mi habitación en el primer piso, sobre el riachuelo, siempre murmurador y sobre el vergel! ¡Con qué ardor corrí desde el día siguiente por la mañana a la viña de la Côte-La-Biche, a su bosque poblado de pajarillos y al panorama maravilloso que se desarrolla desde allí, sobre la verde llanura del Mosa, desde Bourmont a Montigny!